

ANA LUISA BONDONE: PINTORA DE HORIZONTES
Presentación del Libro de Ana Luisa Bondone
de la Galería de Arte Contemporáneo PASAJE 17, CABA

Museo Provincial de Artes Emilio Caraffa
Viernes 29 de octubre de 2021

Si tuviese que utilizar una frase para clasificar la obra de Ana Luisa Bondone, diría que ella es una “pintora de horizontes”.

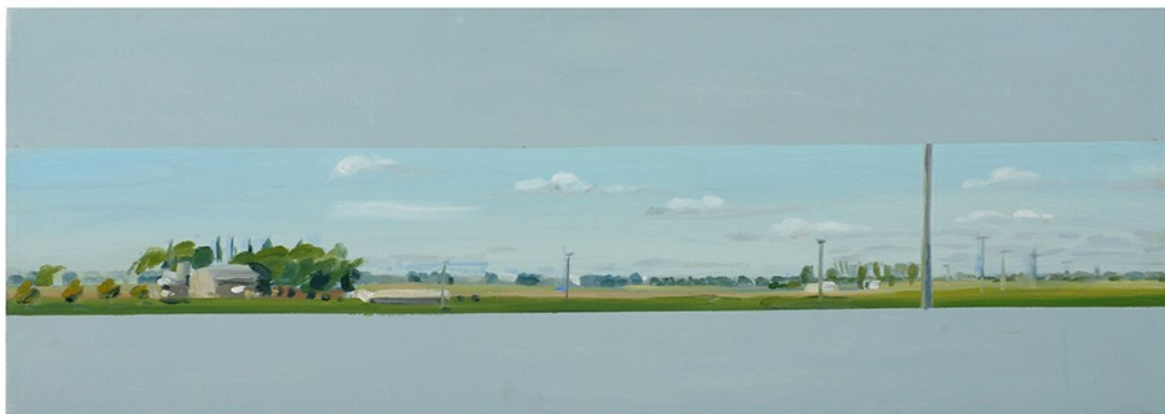
Al menos inicialmente, podemos acordar que horizonte no es un término complejo en su significado. Visualmente es una línea aparente centrada en el observador, donde el cielo y el suelo, donde el cielo y el agua parecen confundirse. Es allí donde realidades tan distantes se reúnen mientras que, a la vez, mantienen su disimilitud y separación. Así entendido, el horizonte es una línea definida que simula una unión imposible.

Ese lugar tan real como imaginario es también un lugar inasible, inalcanzable, más allá del cual hay siempre otro espacio, otro territorio. En tal sentido, podemos pensar que es el lugar de las utopías, de lo deseable, de lo ignorado y de los descubrimientos el lugar de la esperanza y de las promesas todavía incumplidas. La luz lo visibiliza y su disminución lo esfuma. La falta de desplazamiento de quien lo observa hace que el horizonte sea fijo, estático. Es el movimiento del observador lo que lo altera, lo que le suma la idea de rumbo. Quizás por eso, en el lenguaje cotidiano, según el alcance de nuestros intereses, expectativas o ideas hace que seamos vistos como personas con horizontes más amplios o más estrechos.

Más allá de la certeza objetiva y distante que, suponemos, nos da su contemplación, el horizonte está cargado de subjetividad e incertidumbre, por los significados que porta y porque es trazado por la visión y perspectiva personal de quien lo observa, en este caso una artista que lo toma como tema privilegiado de representación.

Esta elección de Ana Luisa presenta, en mi interpretación, algunas peculiaridades y matices que resulta interesante desentrañar.

Al analizar su obra, intuyo, con bastante certeza, que su horizonte preferido es el de la llanura del sur cordobés donde se ubica Belville, su ciudad natal, ese lugar del que partió y al que siembre retorna. Es ese el horizonte propio y amado de Ana Luisa, el horizonte familiar, el que ella tematizó en su tesis de licenciatura y que fue objeto de la muestra ***Paisaje de un día***, dedicada a sus padres, exhibida en el Museo Genaro Pérez de Córdoba, en el año 2004.



Paisaje de un día, parte 4 de 16-Políptico. Óleo s tela. 30 x 80 cm. Córdoba, 2004

Esa obra estuvo integrada por una veintena de paisajes del horizonte de esa llanura, breves en altura, aunque de marcada horizontalidad y enmarcados de la misma manera. Su disposición continua en tres paredes del espacio expositivo, hacía que las obras, aparentemente independientes, apareciesen como una línea única que mostraba variaciones según los cambios lumínicos del día en que fueron registradas.

Esa obra ejecutada *au plain air*, de modo rápido y directo, con trazos espontáneos pero medidos, es el resultado de un meticuloso planeamiento previo y el ejercicio de hábitos y estrategias clásicas, puestos de manifiesto, entre otras cosas, en la disposición de los colores en su paleta.

Si bien toma la llanura y la horizontalidad de ese paisaje como objeto de representación, Ana Luisa se distancia del uso de los pintores viajeros del siglo XIX y de los primeros paisajistas nacionales, en cuyas obras el paisaje aparece como marco escenográfico en el que se ubican personajes, escenas o eventos, como sucede en las obras de Cándido López que exhiben las acciones bélicas de los campos de batalla durante la guerra de la Triple Alianza. Sin embargo, Ana Luisa no intenta documentar lo exterior; ella, a través de la representación del paisaje revela su propia subjetividad.

En su obra de 2004, mencionada con anterioridad, la “civilizada llanura” que es su entorno familiar - para usar palabras de Marcelo Nusenovich, curador de la muestra- es tomada como protagonista y abordada con “refinada percepción”. Lo hace con un expresionismo contenido, dominado por una sobriedad elegante y mesurada, que logra a través de la síntesis y de una gran economía de trazos y manchas, con empastes y retoques escasos y una paleta armónica y sin sobresaltos. El formato marcadamente apaisado y sumamente alargado y la utilización de franjas que enmarcan el paisaje acentúan la horizontalidad y, a la vez, acercan la línea del horizonte hacia el observador, lo acerca hacia sí misma, apaciguando la grandiosidad e inconmensurabilidad de la escena, del cielo y de la tierra plana y extensos. El paisaje se vuelve más íntimo y próximo y, de algún modo, más asible. La ausencia de primeros planos hace que la mirada se extienda hacia la lejanía. La línea del horizonte se abre y se amplía hacia los costados sin interrupciones. Las formas verticales (algún poste eléctrico o telefónico, alguna antena, algún silo o alguna otra construcción) no interceptan la continuidad de la línea dominante, ni disminuye la presencia de lo natural, solo muestra la acción “civilizatoria” de quienes la habitan.

La representación de esa llanura es amable y agradecida por parte del artista y sin aristas emocionales. Invita a la contemplación y la meditación.



En sus **Figuraciones Urbanas**, aunque el estilo y el oficio se mantienen, intuyo que la intencionalidad de Ana Luisa difiere de aquella obra y de sus dibujos en tinta sobre el mismo tema.

Las series que conforman la muestra en Pasaje 17, la galería de Buenos Aires donde están exhibidas, no son estrictamente paisajes urbanos, sino figuraciones, como las denomina Clementina Zablosky, la curadora. En ellas, Ana Luisa representa lo que la ciudad y el crecimiento urbano vertical hacen con el horizonte, esto es, lo que la gran ciudad hace con ella, lo que nos hace.

Nueve Vistas interrumpidas-Óleo sobre tabla de MDF-2/9, 24x24 cm.

En este caso, el tema parece ser el recorte del horizonte, su ocultamiento progresivo, su fragmentación, su parcialización y segmentación y su creciente invisibilización, el horizonte oculto, el horizonte desencantado.

La cercanía de los edificios, sus contornos rectos, cercenan el acceso inmediato y directo de esa línea aparente donde el cielo y la tierra parecen confluir.

Para acceder a su visión, Ana Luisa trepa y literalmente asciende para alcanzar ventanas, balcones y terrazas de amigos y familiares, ubicadas en los pisos superiores de esos mismos edificios, los que rompen la horizontalidad, los mismos que le ofrecen escaleras y ascensores. Allí se instala, escrudiña y atrapa los fragmentos, con la misma profesionalidad, aunque, imagino, con otra disposición, con cierto extrañamiento, quizás alterada por el desasosiego del despojo y sin esa familiaridad que le es propia en la llanura.



Nueve Vistas interrumpidas-Óleo sobre tabla de MDF-3/9, 24x24 cm.

En sus figuraciones urbanas, Ana Luisa reclama sin estridencias, sin levantar la voz, pero con la firmeza del pincel sobre la tela y con la misma mirada, evocando, quizás la melancolía familiar de la llanura.

Los nueve retratos de casas que integran la muestra merecen una consideración aparte, primero porque incorporan nuevos elementos y segundo, porque, a mi entender, se apartan del tono general de las otras series.

Ana Luisa las denomina “retratos” que, como sabemos, es un género referido a la representación de personas. Ello nos induce a pensar que, al denominar a las obras de ese modo, personaliza esos lugares. De hecho, es así, ella “retrata” frentes de casas familiares: la



de su casa-estudio, la de su familia en Belville, la de su vecina Elena y en la ejecución acorta la distancia con el objeto representado. Son lugares próximos a su biografía, muy próximos y utiliza un encuadre también de mucha proximidad. Al hacerlo, como observadores nos acerca a ellos y a sí misma.

25 de Mayo 264, óleo sobre Chapadour-11,5x20,5 cm

Ana Luisa representa sus afectos con la moderación y el pudor que la definen. Esas casas son los rostros de lugares muy significativos, son sus rostros.

Vuelvo a la exposición de 2004. En la fundamentación de su proyecto, en el catálogo (p. 54) habla del museo como casa y dice:

“Los muros. Las paredes de la sala. La sala como parte de la casa”

y agrega

“Llegar a casa. Estar en la casa de uno. Nada más reconfortante que estar en casa. Estar a salvo. La casa, lo familiar. Estar rodeado de lo mismo. La casa, la familia, lo que me es propio, los afectos.

La pintura no está sola, está rodeada de otras pinturas. La acompañan otras pinturas [...] Por lo tanto no estoy sola, estoy en familia. Otros pintores me acompañan.

La pintura está montada en la sala de una casa. Es el regreso de un viaje. Después de la experiencia, la vuelta al hogar ...”

Sus palabras hacen innecesario abundar en interpretaciones: la casa y la familia como albergue y refugio, contención, protección y cuidado, estar a salvo, volver al hogar después de la experiencia. Para sintetizar, la casa como proyección de sí misma, como una segunda piel.

Celebro que hoy estemos reunidos en esta otra casa, entre las paredes del Museo Provincial de Bellas Artes Emilio Caraffa, que nos alberga para presentar el libro de la Galería de Arte Pasaje 17, esa otra casa que, en Buenos Aires, ha recibido a Ana y su obra. En las grandes ciudades, los pasajes son lugares más recoletos, que aportan contención.

También celebro que Ana Luisa haya expandido sus horizontes, que haya emprendido otro viaje y se haya abierto hacia nuevas experiencias y que su obra haya buscado otros horizontes, haya llegado a otros horizontes, está vez en la ciudad de Buenos Aires, esa ciudad de horizontes tan lejanos.

Carlos Lista

21 de octubre 2021